

rojo es el silencio
(2005 / 2006)



LIBRO DE
ARTES

Saúl Ibargoyen

ROJO ES EL SILENCIO

(2005 / 2006)



1^a edición digital
PALABRAVIRTUAL.COM
2014

ROJO ES EL SIENCIO (2005 /2006)
Saúl Ibargoyen

1ª edición digital
©Derechos Reservados

Diseño de portada:
BLANCA MATEOS

Maquetación y coordinación digital:
BLANCA MATEOS

Esta edición ha sido creada
para su publicación en PALABRA VIRTUAL
con la autorización y supervisión del autor de la obra.

México, noviembre 2014.

He venido hasta aquí a escuchar mi canto
en las orejas de otros; he venido a permanecer
entre colores y signos; he venido a merecer
mi más propia palabra.

ANI NUT-EBSENI
(Escriba, Señor de la Palabra)

AL PRESUNTO LECTOR

Cada nueva elaboración de textos llamados poemas, al ser reunida en forma de libro, no como en los sueltos pliegos de *El ingenioso Hidalgo* en sus primeras ediciones sino en términos de difundida producción actual, parece adquirir la promesa de permanencia en función de ese hecho resultante de la “cultura material”. Pero toda poética conlleva una carga de silencio inevitable; de lo contrario, no saldría hacia los demás en busca de los sonidos y los ritmos que se entrelazan -natural y tal vez místicamente- con ese silencio originario.

Todo esto se dice para darle amparo al título de este libro, que no elude una referencia indirecta al de una obra, *Fuerte es el silencio* (1980), de una reconocida escritora mexicana. Suelen suceder en la literatura esas aproximaciones o coincidencias que el azar y las lecturas provocan. Pero los contenidos de ambas propuestas son demasiado distintos como para vincularlos entre sí de alguna u otra manera. Que mi excusa sea aceptada por Elena Poniatowska.

Finalmente, agregó que desde ese soterrado silencio surgen asimismo las tremendas y/o delicadas floraciones y excrecencias verbales que tratan de organizar -en tanto mera e ineludible representación-, las injusticias del mundo social, las leyes no conocidas del mundo físico y el obstinado mundo espiritual en un cosmos diverso y compartido por todas las especies. Tarea utópica, en el sentido de incompleta, sí, pero que no podemos ni debemos abandonar. Si lo hacemos, el rojo silencio sólo será una palabra seca cayendo en el vacío. Que las musas y el permanente clamor de los pueblos no nos abandonen.

EL AUCTOR
México DF, agosto 2006

SÓLO MIRAR

Miramos sí otra vez todo lo mirado
todo lo que incluye un sabor
de sudores en rechazo:
todo lo que lleva un temblor
de sombras descompuestas:
todo lo que arrastra voces no preparadas
para nombrar la perfección
de tu cabal ausencia.

Miramos sí como quien camina
entre ciudades de árboles muertos:
entre cementerios derrotados por aquella soledad
que desde lo pútrido de viejos océanos
nos llama:
como quienes marchan sí entre hierbas reconstruyéndose
en una mezcla azarosa de rígidas raíces
y bacterias renovadas:
entre cáscaras devorantes de la pulpa
que no pueden fecundar.
Tal vez preguntarás por qué la mirada quiere mirar
si toda tu figura es una túnica multiplicándose
sin término previsto y tan apegada
a una sustancia de luz carnal
a una frágil energía que estos dedos tocan
en las formas sorprendidas de tu piel.

Miramos sí ¿quiénes? los amplios colores
que abandona tu cuerpo
las manchas que expulsan cabellos casi oscuros
los trazos de blancor retirados de tus manos
-con sus uñas y coágulos secos
con sus tintas y descuidos que algún jabón borraré.

Miramos ¿quiénes? ¿cuáles nos de nosotros?
los esbozos de aire con sus mínimos planetas amarillos
que marcan y deshacen las fronteras
de ése tu país que aún no inventa sus leyes
ni descubre sus banderas.
Porque tu primer nacimiento no se acaba
ni aquel llanto de dolida saliva es todavía
una rosa de triturante dolor y de violencia.

Porque tu verbo inicial recién empieza
a reunir sus letras de esplendor
y sus sílabas sombrías.

Porque tu lengua no levanta el combate total
contra lo amargo y lo mugroso y lo ácido del mundo:
tu lengua guardada en la boca interior
que miramos sí y tocamos
con estos labios
y en estos días de ronco cantar.

¿OTRAS VOCES?

Cabalgaron tus voces por las calles
que el barro con sus lluvias contamina:
tropezaron ésas tus voces con pequeños
astros cancerosos que huelen
a muladar a cochinerero a porquería:

se alzaron algunas de tus voces
como estatuas indecisas entre
soltarse de su mármol o penetrarse
más en su cerrado abismo:

continuaron tus voces impalpables quebrando
gasas de agua gotas de podrida humareda
gangrenas transparentes grasosos turbiones
negras lenguas de pájaros perdidos:

descendieron al cabo de caminos circulares
de rutas sanguinolentas de espirales maltrechas:

y ya no vuelven a su curso de íntimo aire
de humedades sonoras de insólitas expansiones:

porque la boca paralela que hablaba
con tu boca se extinguió por sí sola
entre simples susurros:

y tu voz sin darse cuenta extravió
su rojo sonidal en los espejos.

LA VOZ MÁS VOZ

¿Cada voz que llega a la punta de tus dedos:
trae ronqueras de fiebre
transporta rasguídos chillidos chasquidos
abriéndose un rumbo casual
entre gargantas de celo y agonía?

¿Es la voz de aquella niña
con su sombrero de fibras azules
con sus camisas de pálida transparencia
con sus cabellos liberados
para que los aires entreguen
su frescor a este mundo?

¿Esa voz es la voz
que la misma niña envía
hacia la mujer que crecerá en sus cuerpos
quitando raíces que deben ser mutiladas
quemando pieles y pelos y sedas
como un vestido que debe también abandonarse?

¿Y la voz de la mujer:
se apegará a tus dedos vacíos
a las múltiples manos que reciben hoy
las voces de la infanta
desde una tangida boca encendiéndose
como una fruta de luz interminable?

¿VIAJES?

En el viaje hacia el hambre
en un fondo de sucias gelatinas
habrán de aparecer tus dientes muertos.
Allí quizás otra vez no crezcan
las sílabas multitudinarias
levantadas desde el barro
por las fuerzas verdes del sol.
Porque tus encías y el techo de tu boca envejecen
con distinta velocidad
que pelos y uñas usan para morir.
Y las bacterias que nadan
en los universos tubulares de tu panza
no descifran los residuos de tus cánticos
atrapados en la mudez
de sustancias y productos descompuestos.
¿Qué cuerpo dentro de tu cuerpo
se desgaja
como una luz detenida en los límites
de la sombra inicial?
¿Cuáles cuerpos aún se aferran
a esa figuración subjetiva de tus carnes incompletas:
cuáles formas corpóreas recibieron límpidos vestidos
alimentos urgentes
borrosos discursos de poder y de gloria
gestos sobre libros marchitos
besos de tiburón
y aciduladas lenguas de asco y de desprecio?

El viaje sí que al terminar empieza
y al continuar se extingue
como un astro devorado por su propio vacío.
Hacia el hambre el viaje
y sin el cadáver de tus dientes
sin el cuerpo de adentro:
tu indeseado habitante
tu inquilino impuntual
tu ocupante ajeno
tu arrendatario destructor
de ancianas tripas y testículos
tu mordiente cazador de huesos:
ésa nuestra bestia casual

repleta de canto y podredumbre.

¿DIÁLOGO?

(a Magdalena García Pérez)

No hay preguntas en los colores vacíos del aire
No hay respuestas en aquel diálogo de palomas mojadas
que las férreas campanas despedazan
No hay preguntas debajo de los paraguas ensombrecidos
debajo de pellejos disolviéndose entre hervores
de sudor y lejanía
No hay respuestas en la casa del papel degradado
por el verbo fugaz y la imagen idolátrica
No hay preguntas debajo de las lluvias tempraneras
que tienen sed de oxígenos perdidos
No hay respuestas detrás de las altas piedras
que resguardan los metales del pálido poder
No hay preguntas trepando copas columnas cúpulas
en el vertical susurro de los suplicantes
No hay respuestas en las tierras humosas
donde la víbora espera encerrada en su memoria azul
No hay preguntas en los jardines con sus veredas aplastadas
por inmundicia de infantes y de perros
No hay respuestas aquí en el asfalto
donde un anciano dragón enterró
los últimos huevos de su especie
No hay preguntas en los pétalos del viento
que congelan el calzón de las musas ahogadas en la niebla
No hay respuestas en los brazos desfibrados
en las vejigas nocturnas
en los oscuros sueños donde el sueño muere
No habrá preguntas
No habrá respuestas.

LOS ASESINOS

En estas calles ya no hay visitas de asesinos:
solamente aquella sangre que sin apuro envejece.
Dedos de gatos reverdecidos estallan
contra las duras telas de una acacia o jacaranda.
Y plumas estériles saltan de la estrechez de cada hueco.
Una boca mira la falta de sombra de este cuerpo solo.
Otra boca o la misma sin ser ya igual para más nunca
muestra el envés de su nutriente saliva:
porque allí hay quizá móviles palabras
pulsiones de espuma océanos nacientes
charcos donde el fantasma de un tiburón
jamás encontrará sus dientes perdidos.
Y una boca de la otra boca habrá de ser vulnerada
por el olor de un extrañísimo objeto llamado taza blanca.
Y una mano de uñas en multiplicación
abre su centro como un ombligo invisible
hacia el que fluyen símbolos y sílabas
signos y sonidos que no bastan.
Y hay como gotas de un líquido indeciso
golpeando cuatro duras raíces verticales.
Y también ruidos sin bautizar con sus veloces pedazos
de rostros que surgen de un hálito de humo traslúcido.
Y las calles estas calles llegan hasta un sitio
de banderas inconexas
desde un lugar donde todas las leyes
de la humana verba natural fracasan.
Los asesinos se han retirado
con sus rituales de horror y de delirio:
los cuchillos quebrándose
las sogas desgastadas
las vergas marchitas
las pistolas en tránsito de oxidación.
Y la niebla de la ciudad ataca todo vivo objeto
que las musas empiezan nuevamente a nombrar.

ELEGÍA 2005

Ayer estuvimos
entre las muelas rojas de la araña.
Hoy besamos con ancianos labios
un fulgor de ceniza que antes fue
-¿cuándo aquí o dónde allá?-
un cuerpo carnal respirando desde el hueso.
¿Por qué aceptar las ácidas espumas
que nos queman?
¿Por qué renunciar al tránsito sin fuego
de tu imagen?
¿Por qué sin que nadie diera aviso
apareces así en medio de un silencio
de derrumbadas sábanas?

Hoy estamos
en la panza de la araña.
Hoy es imposible soplar en tus pulmones
el nombre escondido
que no pudo alejarte de la muerte.
¿Para qué hubo una breve cama
flotando o volando o arrastrándose
en aquel oscuro verano
donde los soles más azules devoraban
el mínimo sudor de tu clítoris abierto?
¿Para qué estas radiaciones
de una súbita memoria enterrada
en rincones de fiebre y gelatina
en relojes castrados por un furor inútil?

Hoy seremos descargados en un entrevero
de funciones y excrementos
de espesuras orgánicas
de sales putrefactas
de espasmos ennegrecidos como aquellos
que violaron tu esternón
y comieron de tus vértebras.
¿Para qué estos despojos
estas partículas de denso dolor correteando
como la sed incansable de la contravida?
¿Para qué los cárnicos gestos del deseo

el único gemido enraizado
en las silentes médulas de tu lengua?

Hoy quedaremos simplemente afuera:
goterones de baba y de flemas descompuestas
agudas deposiciones y manchas retorcidas
agrios coágulos de sustancia indescifrable:
¿así será el reino que habitemos?
Habrá que esperar con paciencia sombría:
regresaremos a buscarte
en el vientre de todas las arañas.

NOCTURNO EN EL DISTRITO FEDERAL

(para Raúl Bravo)

Había un cráneo de aire
entre las fibras de la noche
unos huesos negros
como harapos colgantes
unas médulas ateridas
fuera de su cauce
unas grietas abriéndose
como gritos de triste bacteria aplastada.
Había una nebulosa de pesada grisura
un escándalo de silencio y gelatina
una escama de dolores resacos
unos muslos en abandono
al pie de todas las estatuas
unos labios no esperados buscando
saliva de luz en la tiniebla.

NEBLINAS

Viejas neblinas se mezclan
con las frías polvaredas del invierno inicial.
Cuál es o dónde está el origen
de esas aguas que tenuamente
introducen lenguas de invisible pavor:
hilachas hebras hiladas nervaduras médulas
salidas de la panza de la bestia universal.
Habrá zapatos que deshagan esas nieblas
salivazos de fiebre
toses coagulantes
infantas desfibradas:
habrá animales de pura piel
fermentando en las aceras.
Y las siempre ancianas neblinas
vuelven volvieron volverán
a tejer con las espumas nuevas
su lujosa corrupción.

REFRACCIÓN

¿Has visto esos cueros de cristal
que abrazan el cuerpo de las calles
que tactan la raigambre de las jacarandas
que absorben jugos de perros
que borran andares de babosas
que no se quiebran
azotados por la ceniza del sol?

¿Has visto la sombra
de las corambres aferradas
a un cielo que no puede alzarse
sometido por el humo grasoso
de carruajes extraviados
de cocinas negramente cotidianas?

¿Has visto las marcas hediondas
que ciertos animales de falda y corbata
despliegan junto al dolor invisible
de ínfimas bestias crucificadas?
Si eso así no lo has visto
¿qué podrás ver?

SALUDOS

para Anaïs Abreu

Mira el saludo de la gente
sus gestos que crujen
sus lentos gruñidos
sus uñas arrugadas
sus paños y mantos sin lavar
sus gases corriendo por tubos ocultos
sus dientes masticados por ácidos negros
sus bocas ruidosas repitiéndose
sus palabras frenadas por un sórdido licor:
mira esos saludos
que resuenan en ti
y levanta como puedas
otra vez
tu solo verbo contra el mundo.

PIEDRAS BLANCAS O NEGRAS

Están allí
pueden ser vistas o imaginadas
fuera de sus caminos o rumbos
o carreteras o calles habituales
o montañas o playas.

Están allí
con sus millones de décadas
atrapadas en moléculas que giran
en su propio vacío:
hecho con la nada de incontables vacíos
de innumerables universos fracasados.

Están allí
un niño las inventa
como balones de fútbol
otro niño como misiles
en su ávida resortera
un hombre como un muro
desleído entre sus pies.

AQUELLOS ANIMALES

(para Ana Flores Rueda)

Aquel perro se burla
de nuestros dramáticos ladridos
Aquel pájaro no puede
traducir lo que silbamos
Aquella lombriz desprecia
la oscuridad de nuestra ánima
Aquel delfín no tolera
nuestros desafinados cánticos
Aquel tigre no admite
nuestras caricias brutales y solas
Aquella abeja no comprende
por qué decapitamos margaritas y rosas
Aquel elefante no recuerda
bestias más hambrientas que nosotros
Aquel cocodrilo a veces sonrío
a causa de nuestras absurdas lágrimas
Aquellas hienas se vomitan
al oler nuestra basura en el mundo
Aquellos dioses se horrorizan
de nuestra religión de sucios mercaderes
Y aquellas musas que todo lo saben
recogen su calzón
y se retiran.

OSCURIDADES

(para María De la Luz García)

No hay lugar en donde el aire
ponga sus raíces:
no hay sitio adonde el dolor
de cualquier estómago establezca
un poderío sin fin:
no hay marcas en tierra alguna
adonde no deje su temblor
el viejo gritar de las galaxias:
no hay región adonde toda sombra
pueda esconder
su oscuridad sin término.

SALIVA

De tu múltiple boca huyen las salivas negras
como buscando los cruentos olores
de cada orgasmo muerto.
No crezca en la fatiga de tu cráneo
ninguna memoria de muchachas cocinándose
en un sudor luminoso
que otros cuerpos encendieron.
Sí cada objeto de piedra de jugos de gases
de silencio de metal de vacío contiene
un punto oscurísimo que habrá de devorarlo.
No se vuelve al comienzo de lo visible:
Muslos brillando en apagadas sábanas
cabellos revueltos con fideos y rosas
manos como máquinas de puro exterminio
lenguas sin su idioma personal y único
gestos de furor
ademanes de inclemencia
vientres despedazándose en pariciones angélicas.
Y el final que estaba antes del inicio
tampoco será raíz de tu regreso.
Recoge pues lo que puedas
de tus salivas negras
llévalas a la boca
nómbrales
pues no tendrán ocasión de renacer.

REGRESOS

Regresan las musas de sus viajes profundos:
en el rostro estallan mínimas arrugas y lunares.
Las pieles de cada mano retienen
el sabor de contactos súbitamente lejanos
el calor del pan tejido con harinas extrañas
el olor de otras manos que de golpe envejecieron.

Regresan las musas como estandartes
lastimados por la guerra
porque una especie de destino
las aleja de todos los lugares
las aparta de una oscura quietud
de un esperado rencuentro
las retira de una órbita de contactos transparentes
las impulsa hacia una dimensión
de palabras perdidas.

Regresan las musas a rescatar
pedazos de la saliva propia
trozos de los propios gestos como sombras
que nadie vio ni barrió ni quitó
de los platos y vasos desnudos
de las servilletas huérfanas
de las mesas en derrumbe
del esqueleto de las sillas desoladas
de los manteles como bichos solitarios
de los teléfonos ahogándose en medio
de un humo certero implacable.

Regresan las musas:
¿alguna vez se fueron
se apartaron en verdad de sí
y de aquí?
¿algún día acabarán de llegar?

LA PIEDRA

Es inútil el peso de la piedra

-¿de una piedra

de todas las piedras?

Porque la piedra quiere pesar
tal vez:

Y eso pues a pesar de su peso

y contra las pesanteces

que entre polvo suciedad

metales óxidos fósiles bacterias secas

la oprimen y la envuelven:

así convirtiéndola en la piedra

-¿una piedra

todas las piedras?-

que debe quedar agarrada

a su propia dimensión

en sí misma.

Pero es inútil el peso de la piedra:

los aires se mueven

a contraviento

las espumas fulgen

separándose del agua

el alto fuego

de su calor se desprende.

Y así la piedra

-¿una todas?-

vuela nada camina arde

se desabraza de sí

atraída rechazada

por fuerzas que la casualidad

del azar

inyecta en sus moléculas:

la piedra en sí

bestia nacida

del vértigo y la sombra.

MÁSMIRA TÚ

Másmira si puedes esas secreciones
que algunas bacterias sin pensar
arrojan sobre tu rostro:
observa esas partículas intachables
que llegan demoradamente
al encuentro con la sustancia original:
escudriña entre pelos vacíos y membranas frutales:
investiga a esfuerzo de pupila sola
la salida fulgente de una bala extraviada:
revé las túnicas de tu niño interno
con sus vejaciones de tinta y semen nuevo:
ojea sin prisa
el tedio inmortal de las estatuas
la desgana con que los jueces
confirman tu condena:
remira sin pausa la destreza del asesino
que desbarata hímenes próstatas encías ombligos:
despestañéate acechante sobre la costra que encapsula
los temblores revueltos del deseo
que tus uñas tocan y empobrecen:
avista los cuchillos de la matazón familiar
el hacha insultada por el sudor de los verdugos
el ácido que entra en párpados ingenuos
el gas que se alza de cada cementerio
la bomba personal que desmenuza hígados y ánimas
la pistola de juguete desnucando a un insecto
la pluma aquella de cisne con sus piojos muertos
el turbión de fuego sobre cualquier espalda.

Más y másmira sí:
toda cosa es una espuma de tiniebla
que no deja de hundirse
en las negras armazones de tu rostro.

LA OTRA CIUDAD

(para Patricia Rodríguez Aguiar)

¿Es ésta una ciudad con sus placas
de viento destejido por el sol:
con sus regiones aplastadas
por un cielo vertical:
con sus panales de asfalto rellenos
de sucia miel y polen desdichado:
con manos que deletrean
un gesto miserable:
con árboles de distintas maderas
que transmiten un crecimiento verde
al aire sin raíces?
¿Esta es sí la ciudad
de las propectas basuras
que a filo de espada y huesos maltrechos
el pasado horror acumuló?
¿Esto que escuchamos en la expansión
de los estadios encendidos y los bares
es el discurso de la soterrada sangre:
es el susurro de las uñas en orfandad:
es el vientre expulsando su materia final?
¿Esto lo escuchado siempre
por una segunda vez
que en verdad es la primera:
resulta el grito sin sílabas engendrado
desde un pulmón atorándose
entre sus flemas negras?
¿Y la ciudad es ésta: repite
sus calles adonde envejecen aquel niño
con distinto nombre
y su gastada pelota de hule o de trapo?
¿Es la que repite el sendero
de piedra machacada en los jardines
y el rumbo de los pies que tocarán
el piso movedizo de las playas?
¿Es la que desata los nervios de luz contenidos
en las escamas de cada noche del Sur:
de cada cabello de súbita muchacha
multiplicándose en la oscuridad?
¿Es ésta en sí misma

trasmutada en las casas donde el frío
es un diente de dolor
y donde las cucarachas se nutren de astros enfermos?
¿Es aquí donde las hojas y las ramas
vencidas por el otoño chillan
en medio del humo
que habrá de sacrificarlas?
¿Está todavía el veloz verano
adentro de este otoño?
¿Hay fibras que fermentan en lo interno
de tanta confusa carne vegetal?
En el pellejo terrestre de cada zapato
hay sustancias que no responden:
que no preguntan:
que trasladan en sí
una triada de cabellos sencillamente oscuros:
finos filamentos que una muchacha
hizo caer como lentas bocas
y raíces nuevas.

OBJETOS EN SU REPISA PROPIA

Entran en la recámara diurna
pelos de luz renovándose con su carga de polvo.
El burro asiático sostiene en lo inmóvil de su rumbo
al campesino barbón y su inmedible calabaza.
Las tortugas despatriadas de su barro
de sus dulces maderos
de sus insólitos metales
absorben la primicia del aire inevitable.
El caimán continúa su letargo
de pino ancestral o vera caoba.
Los tucanes bostezan a todo pico amarillo.
El ibis de verde bronce sagrado
toca verticales espumas de cristal.
El pato con sus colores que violan
toda ley del universo
permite que a su costado discurran otras aguas.
El armadillo gris se triplica
en una familia de hocicos impulsivos.
Los dioses rojos nacidos en el trópico profundo
alzan espadas curvas y capas de luces funerarias.
La reina morena de los cósmicos océanos
tiene en su boca la saliva del bien y del buen olvidar.
El elefante tejido en palo santo
muestra lo explícito de sus vísceras ausentes.
San Jorge y su dios escondido
penetran con recta lanza la maldad del dragón.
El Buda sedente despliega
su sabio silencio de seda.
La carreta de ruedas bermejas
ya entregó su donación frutal.
La vaca de agudo blancor
nunca ha ubicado el alimento
que un diestro camello al borde
de un plato exornado de azul
muchas veces masticó.
Y están las casas de otros barros
los templos vaciados por la sombra
las delicadas flautas
las inquietecidas maracas
las inéditas banderas.
Un pueblo así contemplado

entre pájaros que viajan hacia el verdor inicial
entre nubes que dejarán sus transparentes semillas
en un mapa sin ningún país.
La luz se multiplica se renace
se hace deshaciéndose
en partículas de intachable fugacidad.
Y esta mano entonces apenas mueve
cada momento con que el polvo entrega
nuevas formas a las meras cosas
del contemplado mundo.
Y todo absorbido por una red total
por un esqueleto de trama invisible.

SIMPLE PESADILLA POR ATENCO

(al pueblo de San Salvador Atenco,
brutalmente asaltado por “las
fuerzas
del orden”, mayo 2006)

1.

El hombre Juan miró el fragor de aquel cielo:
caudas de aire azulesucio expulsaban sus pálidos ojos.
Las nubes eran ubres de piedra opacada
con estrías de súbitos blancos:
no había jinetes sobre caballos oscurecidos
en medio del simple amanecer:
no había ruidos de dientes petrificándose
ni vísceras de flores descompuestas:
nada había
más que un cúmulo de sombras
y desaseadas transparencias
con sus pelos mojados
como raíces de negror insuficiente:
nada más que fragmentos de otras bocas
no palabras ni estallantes sílabas
entre melodías putrefactas:
ni olores a ombligo partido
ni excitados cuchillos hurgando
vientres desprotegidos y de ácido temblor.
Nada ni palos o garrotes
ni escudos de turbia cristalería
o gritos como coágulos chorreando
brutales sustancias en calles y banquetas.
Ni carros de guerra entre moscas de metal delirante
lastimando el humo desayunero
la grasa alimentaria el primer sudor:

violentando maderas y almohadas
y asesinando huesos ventanas cortinas.

El hombre Juan miró
hacia la cáscara renegrada de aquel cielo:
harapos de luz se descolgaban
como banderas de sangre resurrecta.

2.

Un hombre Juan
estuvo en un sitio aplastado
por las cenizas de aquel cielo negro:
ya no mira lo que miró.
Otro un hombre Pedro
levanta un pie como un garrote
como un hacha de tela de cuero de fierro de hule:
cae la pierna en seguimiento
del inicio agresivo:
cae golpea machaca castiga
lastima lesiona quebranta
dulces entrepiernas torsos dormidos
narices sorprendidas omóplatos fatigados
tenues cartílagos
pelos de arriba y pelos de abajo
secretas verrugas lunares ofuscados
y tripas y cacas expulsadas
de íntimas camisas y pantalones desmadrándose.

El otro un hombre Pedro
contempla el sembradío de fuego
la milpa de humos y gases oxidados
el movimiento de un caudal
de sangre endureciéndose:
contempla el simple hueco
de la bala enterrada
el cráneo entreabierto
con sus cremas grises y sus babas.

Voces sin aire llegan
gestos en cristales muertos
voznadas de sórdida energía
pútrido silencio donde los dioses naufragan
palabras en lenguas polvorientas
mensajes de corrupta paz
y estandartes mancillados.

Un hombre Pedro
limpia con sus manos y sus trapos
la bragueta de sémenes triunfantes
las botas ennegrecidas de jóvenes sangrazas

los palos destructores de cabezas
las armas de extranjero metal
hediondas y asesinas:
un hombre Pedro multiplicado
en tres mil Pedros tal vez
y en Vicentes Wilfridos Davides
Alejandros Enriques Ardelios:
todos sí ahora mirando mirándose
en el cumplido sueño de la bestia peor.

¿UN NIÑO UN SUEÑO?

Es otro calvo niño oxidándose
no como piojo elegante y galáctico:
no como escarabajo de sacros excrementos:
no como audaz cernícalo de plumajes envolventes:
no como ansiosa tortuga
con todo un desierto a cruzar ensombrillada:
no como cilíndrico gusano de roja hermosura
rechazada por un presunto dios universal:
no como un nudo de bacterias devorando
hasta el vacío que su propia transparencia sostiene:
no como una expansión de glándulas insaciables:
no como sudores radiantes que serán
un irreconocible gas el próximo mediodía:
no como un ombligo que en medio del horror
no podrá cerrarse:
no como las rodillas que todavía vuelan adentro
de cada hueso de la bailarina muerta:
no como el infante fetal que al nacer
mastica placentas y pellejas desdeñadas:
no como tus cabellos que tratan de gritar
su seca soledad en lo interno de un zapato:
no como las negadas nalgas con su blandor
de dulzura y podredumbre:
no como tus rostros formados cáscara a cáscara
de labios y párpados quemantes:
no como ese otro niño cayendo sin término
hacia la raigambre final
de sus almohadas negras.

¿LO QUE HAY?

(a Paola Abigail Mares)

Hay olores de fea compostura
y su drenaje de frondas tactado
por todo lo infecundo.
¿Por qué otravezmente los prietos fervores
persisten metidos
en la bajura de un cielo distraído?
¿Debe ser contestada la pregunta
que esplende
como burbuja exaltándose en su mismo abandono?
¿Acaso la piel de la moza que ahora
largamente muere en ti
no se entreteje con rastros
de bichos apócrifos?
Responde pregunta
interroga cuestiona
pues todo inquirir se sabe destruido
por ese par de signos
que con cuchilloso filo
de izquierda a derecha lo degüella
sin sangre ni ornamento.
¿Respirar para sí y preguntándose
por cada por qué desmadrado y solo?
Con pregunta no indiciada
este escrito empezó
y con formas de un haber desperdigadas
en medio de cosechas balbuceantes.
Entonces el hay del inicio se nos pierde
como átomo de sombra
expulsado de la molécula madre original.

Tanto asunto en sí para decirte
muchacha o moza o manceba
sin raíces visibles designada
por sencillo impulso inexcusable:
-Que aromas insólitos y fealdades
desprendidas de sedientas guerras
y cifras mortuorias
te encierran con su engaño transparente:
Y que así te verás espejeada

en la mañana
pudriéndote en el envés
de tu incompleta hermosura.

¿LUCES? ¿TRILOGÍA?

No luces no de conocidas texturas
se levantan en circulares penumbras
y transgreden toda ley de piedra
o vívido plasma
que busca corromperlas.
Y así y no de otros modos oscuros
o finales las láminas de finísimo esplendor
encuentran el súbito vacío
que vibrando y desombrándose
desde un único y solo punto
las sostiene.

¿Capas de inmedible fulgor
mínimas pupilas construyendo
con material voluntad
tres rostros inasibles?

¿Tres edades tres momentos
curvándose en el tiempo de hoy
no fosilizado fresco todavía
con sus nervios que vienen
de algún lejano invierno?

¿Tres rostros de aire
con honduras de un verde
cuyo ombligo interior
es el mero socavón del fuego?

¿Habrá una persona todavía naciente
enredada en triples cabellos
que no serán nombrados:
persona entrelazando huesos
médulas fructuosas
entretelas de húmedo oro:
persona entremezclada
en una lenta explosión de luz
y de rojo silencio?

